

ALEMANIA FEDERAL

El estereotipo habla de un país de robots ocupados sólo en trabajar y a veces –dos en este siglo– en hacer la guerra contra el resto de Europa. O, más folklóricamente, de una nación habitada por bebedores de cerveza de mejillas rosadas que se embelesan con Wagner. Pero ésa es sólo una cáscara que no comparten el escritor español Manuel Vicent, el periodista Osvaldo Bayer, el político liberal Federico Clérici, el filósofo Ricardo Forster y el periodista suizo Romeo Rey. Para ellos, Alemania Federal es la pasión por descubrir dónde se bifurca el camino que lleva al nazismo y a la Novena de Beethoven.

Por Manuel Vicent

QUE FASCINAN

Por las aceras de esa avenida los jóvenes pasean el cuero duro con media mollera rapada, de donde brotan crines violentas de color azul, verde esmeralda o amarillo polluelo de granja. No son libélulas de la noche, sino ciudadanos lejos de toda sospecha. Discurren en suaves manadas, formando una unión hipostática con el paisaje urbano. De buena mañana, en Berlín Occidental pueden verse *punks* de pelo en pecho con un maletín de ejecutivo en dirección a la oficina y no resulta extraño que un apache con el moflete traspasado con un imperdible pretenda con mucho respeto venderte un seguro de vida o que al ir a cambiar unos dólares encuentres a un ángel del infierno detrás de la ventanilla del banco, protegido por un plástico antibala.

Yo quería encontrar esa bifurcación que por una parte conduce al horno crematorio y por otra a la *Novena sinfonía* de Beethoven. A una joven celeste con corpiño de pastora y mejillas de melocotón o a un torturador rubio de patillas altas, cuello esquilado y mirada glacial. A un ácrata verde que se tumba, brazos en cruz, al pie de una central nuclear o a un ejecutivo que tiene una estructura de hierro en la cabeza. A un cuadro expresionista de Kirchner o a una tarta de chocolate. Hoy, en Alemania felizmente reina el hedonismo, hasta tal punto que de las floridas piedras de la catedral de Colonia cuelgan automóviles de lujo iluminados con reflectores y debajo de la sacristía está el nudo de la gran estación del ferrocarril donde una estampida de jóvenes con macuto se expande hacia la libertad. Y las valkirias duermen en los andenes soñando con Ibiza. Bestiales pandillas encabritan las motocicletas para triturar las guitarras con que un coro de dulces melenudos acompaña sus baladas de ecología. En Colonia el hueso miniado de la catedral se erige sobre un panorama industrial de cemento armado. Aquella tarde hubo una pelea en las escalinatas del templo entre pacifistas y ángeles de la muerte. Un sacristán abrió la puerta principal para ver qué pasaba y entonces un joven cubierto de aceros irrumpió a bordo de la BMW en la nave con el tubo de escape a todo gas. Primero hizo varias cabriolas en el cancel, bajo los 100 santos de piedra, para domar la máquina y a renglón seguido se fue echando leches hacia el interior de la catedral, hizo una frenética gincana entre las columnas, saltó por encima de tumbas, bancos y reclinatorios, dio algunas pasadas por el coro, trepó por las gradas del presbiterio, derribó candelabros y, después de resonar con un estrépito infernal en las cinco bóvedas estrelladas, la motocicleta, con el negro galán que la montaba mordiendo el manillar con una carcajada terrible, salió desbocada otra vez a la plaza, voló sobre las escalinatas, cayó contra el bando de pacifistas, los aplastó de nuevo y se perdió a continuación por una esquina, dejando una sonrisa de admiración en el rostro del sacristán. Por Colonia pasa el Rin con amplia mansedumbre, y en el fondo de sus aguas tintinean al anochecer los reflejos de todos los anuncios multinacionales.

Vicent es valenciano, como novelista ganó el premio Nadal de literatura y es periodista del diario madrileño *El País* desde su fundación, en 1976.



Bailadora (1909), grabado del expresionista Ernst Kirchner.

Dejarse llevar suavemente a contrapelo de la corriente por el valle del Rin, desde Bonn hasta Maguncia, es, sin duda, un buen ejercicio espiritual. Este era el camino natural hacia Roma, la puerta de los mercaderes de Centroeuropa, y por ese seno fluvial corría el tráfico, subían y bajaban los clérigos, deambulaban peregrinos y menestrales de jubón y en cada cresta de la ribera plantaron los nobles un castillo para cobrar a los pobres el derecho de peaje, pero aquellas fortalezas donde entonces se retorcía el cuello a los contribuyentes hoy tienen un aspecto romántico. Ahora unos pueblos de encanto asoman al río sus casas de color rosa, trabadas con vigas de chocolate, y las suaves, ebrias laderas están peinadas de viñedo famoso, que da un vino pálido, mientras van y vienen las gabarras. El curso del Rin fue atravesado por Julio César el año 55 antes de Cristo, a la altura de Urmitz, y desde aquel tiempo las leyendas sumergidas en sus aguas no han cesado: cementerios romanos, manantiales de ácido carbónico, historias del caballero Rolando, sirenas enamoradas de un fraile bulero, comercio de lana que urdían siervos medievales, terciopelos de gentilhombre, protestantes luteranos, burgueses del textil que llevan las barcazas a Holanda, hidalgos mercantiles que Holbein fijó en el lienzo. Sinzig, Andernach, Königswinter, Unkel, Linz, Koblenza, Bacharach, Wiesbaden, Maguncia. Estos pueblos y pequeñas ciudades cuelgan al borde de la corriente terrazas de cafetines, adornados con macizos de petunias, toldos playeros y verandas azules. La turistada se agolpa en los embarcaderos y ahora en verano el Rin, entre fábricas y castillos, montes de vid y riberas de bosque plácido, discurre con la madre repleta de navíos, en cuya cubierta una extensión de gambas desnudas toma el sol. Todo parece demasiado dulce para ser alemán, aunque uno ha comenzado a descubrir ese fondo de tierna cursilería que habita en el interior de la rudeza. Los alemanes sólo son terribles cuando se aburren. Con el tedio pueden reventar como un búfalo. Pero a esa carga de energía que acumulan en las entrañas el Rin la ha obligado a fluir pacíficamente a través de la historia.

A media tarde en Maguncia caía un sopor universitario y en las pulcras calles alrededor del Kaiserdom había silencio, el aire tenía en suspensión un perfume de incunables que la historia ha solidificado. Hay que dejarse llevar. Nada resulta más didáctico que caminar sin rumbo fijo por estas pequeñas ciudades de Alemania donde radica su poder intelectual. Recónditas plazoletas con la estatua de un pensador, fachadas con la lápida que conmemora el nacimiento de un gran músico, fuentes placenteras bajo el pedestal de un célebre poeta o investigador. Existen centenares en todo el país. Sonido de campanas episcopales, largos inviernos en los desvanes góticos, vitrales que iluminan el lento trabajo de un científico, tedio fecundo de bibliotecario, palomas en los claustros renacentistas, paz en los modernos laboratorios.



Steglitz, la zona más animada del centr

LA OLA DE FRANKFURT

Por Ricardo Forster

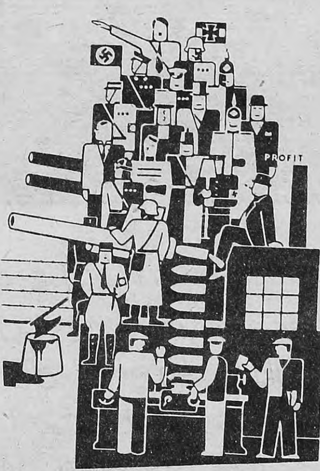
En estos tiempos en que la crisis incluye tanto a las corrientes modernistas de los grandes relatos y al marxismo, a los grandes discursos que van hacia un fin y a las utopías, es útil volver sobre la escuela de Frankfurt. La Escuela, en realidad, se llamó Instituto para la Investigación Social, y nació en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial, después del fracaso de la insurrección socialista en Alemania, el inicio del auge de las formaciones autoritarias y antisemitas, el surgimiento del fascismo italiano y el nacimiento de la era stalinista en la Unión Soviética.

En 1932, en Frankfurt, dio sus primeros pasos la gestación de un centro de debate independiente de los partidos de izquierda y de los núcleos académicos existentes, y surgió en parte gracias a un argentino: gracias a la gestión de Max Horkheimer, luego primer director del Instituto, el padre del estudiante argentino Félix Weil, radicado en Alemania para cursar las carreras de Derecho y Filosofía, decidió invertir parte de su fortuna en beneficio de los intelectuales. Apartados de la concepción marxista del determinismo histórico, la causalidad y la inevitabilidad del desarrollo social, Horkheimer, y posteriormente Theodor Adorno y Herbert Marcuse, retrucaron la tradición mecanicista y generaron un espacio de crítica a los sistemas establecidos, abierto y despojado de dogmatismo.

Jamás se propusieron convertirse en basamento de movimiento político alguno pero, sin preverlo, uno de ellos, Marcuse, fue el ídolo del movimiento estudiantil de la década del '60 en una ola que sacudió a casi todos los grandes países capitalistas.

Después, las principales figuras murieron. Sin embargo hoy sus ideas son recogidas por las corrientes filosóficas importantes en Italia, Francia y Alemania, y los ecologistas alemanes, por ejemplo, se nutren hoy de su bagaje crítico.

Forster, 27 años, es licenciado en Filosofía, docente de la Universidad de Buenos Aires y reputado el mejor especialista argentino en la Escuela de Frankfurt.



El Tercer Reich (1935), grabado de Gert Arntz.

EL PARAMETRO

A lo largo de mis 17 años de trabajo en América latina aprendí una regla de oro de nuestra profesión: cuando se llega a un país extraño es necesario olvidar los parámetros que rigen en la tierra de uno y empaparse de las costumbres del lugar donde uno está. No es sencillo, por las resistencias del bagaje de tradiciones asimilado desde chico, pero en mi caso fue ese aprendizaje el que me permitió entender lo que pasó en la Argentina durante los años duros. No tuve problemas directos con la represión –los militares leían lo que se publicaba en el exterior en español o francés, no en alemán– pero pude ver en los demás la sensación de vigilancia permanente.

En general, el contacto con Buenos Aires me marcó de entrada. Todo está en permanente movimiento, y me fascina esa realidad latinoamericana donde las cosas están aún por hacerse, sobre todo cuando uno viene de un país estable. Aquí descubro cosas todos los días. Sobra misterio. Y hay mucho por informar. ¿Qué se sabe en el mundo de ciudades como Mendoza, Rosario o Salta? Los

Por Manuel Vicent

QUE FASCINANTE EXPLOSIVO

Por las aceras de esa avenida los jóvenes pasean el cuero duro con media mollera rapada, de donde brotan crines violentas de color azul, verde esmeralda o amarillo polluelo de granja. No son libélulas de la noche, sino ciudadanos lejos de toda sospecha. Discurren en suaves manadas, formando una unión hipostática con el paisaje urbano. De buena mañana, en Berlín Occidental pueden verse *punks* de pelo en pecho con un maletín de ejecutivo en dirección a la oficina y no resulta extraño que un apache con el moflete traspasado con un imperdible pretenda con mucho respeto venderte un seguro de vida o que al ir a cambiar unos dólares encuentres a un ángel del infierno detrás de la ventanilla del banco, protegido por un plástico antibala.

Yo quería encontrar esa bifurcación que por una parte conduce al horno crematorio y por otra a la *Novena sinfonía* de Beethoven. A una joven celeste con corpiño de pastora y mejillas de melocotón o a un torturador rubio de patillas altas, cuello esquilado y mirada glacial. A un ácrata verde que se tumba, brazos en cruz, al pie de una central nuclear o a un ejecutivo que tiene una estructura de hierro en la cabeza. A un cuadro expresionista de Kirchner o a una tarta de chocolate. Hoy, en Alemania felizmente reina el hedonismo, hasta tal punto que de las floridas piedras de la catedral de Colonia cuelgan automóviles de lujo iluminados con reflectores y debajo de la sacristía está el nudo de la gran estación del ferrocarril donde una estampida de jóvenes con macuto se expande hacia la libertad. Y las valkirias duermen en los andenes soñando con Ibiza. Bestiales pandillas encabritan las motocicletas para triturar las guitarras con que un coro de dulces melenudos acompaña sus baladas de ecología. En Colonia el hueso miniado de la catedral se erige sobre un panorama industrial de cemento armado. Aquella tarde hubo una pelea en las escalinatas del templo entre pacifistas y ángeles de la muerte. Un sacristán abrió la puerta principal para ver qué pasaba y entonces un joven cubierto de aceros irrumpió a bordo de la BMW en la nave con el tubo de escape a todo gas. Primero hizo varias cabriolas en el cancel, bajo los 100 santos de piedra, para domar la máquina y a renglón seguido se fue echando leches hacia el interior de la catedral, hizo una frenética gincana entre las columnas, saltó por encima de tumbas, bancos y reclinatorios, dio algunas pasadas por el coro, trepó por las gradas del presbiterio, derribó candelabros y, después de resonar con un estrépito infernal en las cinco bóvedas estrelladas, la motocicleta, con el negro galán que la montaba mordiendo el manillar con una carcajada terrible, salió desbocada otra vez a la plaza, voló sobre las escalinatas, cayó contra el bando de pacifistas, los aplastó de nuevo y se perdió a continuación por una esquina, dejando una sonrisa de admiración en el rostro del sacristán. Por Colonia pasa el Rin con amplia mansedumbre, y en el fondo de sus aguas tintinean al anochecer los reflejos de todos los anuncios multinacionales.

Vicent es valenciano, como novelista ganó el premio Nadal de literatura y es periodista del diario madrileño *El País* desde su fundación, en 1976.



Bailadora (1909), grabado del expresionista Ernst Kirchner.

Dejarse llevar suavemente a contrapelo de la corriente por el valle del Rin, desde Bonn hasta Maguncia, es, sin duda, un buen ejercicio espiritual. Este era el camino natural hacia Roma, la puerta de los mercaderes de Centroeuropa, y por ese seno fluvial corría el tráfico, subían y bajaban los clérigos, deambulaban peregrinos y menestrales de jubón y en cada cresta de la ribera plantaron los nobles un castillo para cobrar a los pobres el derecho de peaje, pero aquellas fortalezas donde entonces se retorcía el cuello a los contribuyentes hoy tienen un aspecto romántico. Ahora unos pueblos de encanto asoman al río sus casas de color rosa, trabadas con vigas de chocolate, y las suaves, ebrias laderas están peinadas de viñedo famoso, que da un vino pálido, mientras van y vienen las gabarras. El curso del Rin fue atravesado por Julio César el año 55 antes de Cristo, a la altura de Urmitz, y desde aquel tiempo las leyendas sumergidas en sus aguas no han cesado: cementerios romanos, manantiales de ácido carbónico, historias del caballero Rolando, sirenas enamoradas de un fraile bulero, comercio de lana que urdían siervos medievales, terciopelos de gentilhombre, protestantes luteranos, burgueses del textil que llevan las barcazas a Holanda, hidalgos mercantiles que Holbein fijó en el lienzo. Sinzig, Andernach, Königswinter, Unkel, Linz, Koblenza, Bacharach, Wiesbaden, Maguncia. Estos pueblos y pequeñas ciudades cuelgan al borde de la corriente terrazas de cafetines, adornados con macizos de petunias, toldos playeros y verandas azules. La turistada se agolpa en los embarcaderos y ahora en verano el Rin, entre fábricas y castillos, montes de vid y riberas de bosque plácido, discurre con la madre repleta de navíos, en cuya cubierta una extensión de gambas desnudas toma el sol. Todo parece demasiado dulce para ser alemán, aunque uno ha comenzado a descubrir ese fondo de tierna cursilería que habita en el interior de la rudeza. Los alemanes sólo son terribles cuando se aburren. Con el tedio pueden reventar como un búfalo. Pero a esa carga de energía que acumulan en las entrañas el Rin la ha obligado a fluir pacíficamente a través de la historia.

A media tarde en Maguncia caía un sopor universitario y en las pulcras calles alrededor del Kaiserdom había silencio, el aire tenía en suspensión un perfume de incunables que la historia ha solidificado. Hay que dejarse llevar. Nada resulta más didáctico que caminar sin rumbo fijo por estas pequeñas ciudades de Alemania donde radica su poder intelectual. Recónditas plazoletas con la estatua de un pensador, fachadas con la lápida que conmemora el nacimiento de un gran músico, fuentes placenteras bajo el pedestal de un célebre poeta o investigador. Existen centenares en todo el país. Sonido de campanas episcopales, largos inviernos en los desvanes góticos, vitrales que iluminan el lento trabajo de un científico, tedio fecundo de bibliotecario, palomas en los claustros renacentistas, paz en los modernos laboratorios.




Steglitz, la zona más animada del centro berlinés.

Se les puede temer, se les puede admirar, no se les puede amar: a simple vista ése es el destino de los alemanes en Europa. Esa mezcla de atractivo que ejercen y repulsión que provocan sale en todas las pruebas y a la vez está presente en su alma. Ellos quisieran ser tan elegantes como los ingleses, tan felices como los italianos; en cambio eructan mucho y son finos, tienen la violencia en las entrañas y son románticos, exhalan rudeza por los poros sonrosados y esconden una pureza de nieve bajo las costillas, aman los placeres brutales y adoran el idealismo, están enamorados del orden y desencadenan el caos, les obsesiona el rigor del cerebro y no existe territorio donde haya tanta locura por metro cuadrado. Qué fascinante explosivo producen estas cargas contrarias cuando se unen. Después del desastre de la guerra, con el mapa partido por una alambrada, la cresta del orgullo cortada y extraídos los espolones, el grueso del pueblo de Alemania Occidental intenta alcanzar el éxtasis de la liberación mediante el hedonismo y el trabajo, sumergiéndose en una conquista del paraíso material bajo una cascada de objetos. Sólo bandos neonazis de cabeza rapada, con una histeria violenta, se enfrentan con grupos de verdes pacifistas, cada vez más airados. Aquéllos ignoran que la historia sólo se repite como farsa; éstos tratan de encontrar la última revolución a través del ecosistema. En medio fluye mórbidamente el sueño de la nueva clase: llevar una rubia atómica en el salpicadero del Porsche, devorar un macho al día en la discoteca de moda.



Willem Breuker, saxofonista holandés, en Bielefeld. El free jazz en verano se toca en la calle.

TURISMO

Líneas aéreas: se puede viajar a la República Federal Alemana desde Buenos Aires por Lufthansa, Aerolíneas Argentinas, Air France, Iberia, Alitalia, Swiss Air, SAS y KLM. En clase turista los precios aproximados son de 1500 dólares para temporada alta y 1400 en temporada baja. *alquiler de automóviles:* Mercedes Benz y Lufthansa tienen un acuerdo para que los usuarios de la línea aérea puedan alquilar un Mercedes Benz 190 durante 4, 7 ó más días en Alemania, a precios ventajosos. Con kilometraje ilimitado, si viajan dos personas pagarán 40 dólares por día cada una, precio que descenderá a 20 si los viajeros son cuatro. *Jóvenes*: en tours especiales, por 31 días en hoteles tipo turista, incluida la tarifa aérea, el precio es de 2290 dólares. *Idioma:* En Munich, el Studies Spracheninstitut Mürnchen dicta un curso intensivo de cuatro semanas para principiantes estudiantes avanzados, en cinco categorías distintas. Son 25 clases semanales con alojamiento en habitaciones individuales en casa de una familia alemana, y contemplan media pensión, tarjeta para ómnibus y subterráneos, material de enseñanza, seguro por enfermedad, accidente y responsabilidad civil y por daño del equipaje. La tarifa, sin pasaje aéreo, oscila entre los 1212 y los 1514 dólares.

NUMEROS

Superficie	248.630 kilómetros cuadrados
Población	61 millones
Renta per cápita	9000 dólares
Población activa	25,5 millones
Importaciones	180.000 millones de dólares
Exportaciones	208.000 millones de dólares
Producción de energía eléctrica	400.000 mill. de kilovatios hora
Producción de acero crudo	39 mill. de toneladas
Rutas	173.000 kilómetros
Escolares y universitarios	10 millones
Habitantes por médico	390
Esperanza de vida	75 años

LA OLA DE FRANKFURT

Por Ricardo Forster

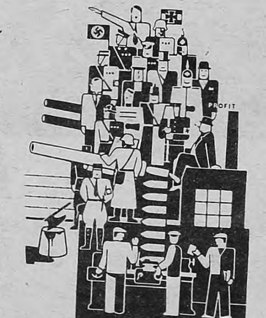
En estos tiempos en que la crisis incluye tanto a las corrientes modernistas de los grandes relatos y al marxismo, a los grandes discursos que van hacia un fin y a las utopías, es útil volver sobre la escuela de Frankfurt. La Escuela, en realidad, se llamó Instituto para la Investigación Social, y nació en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial, después del fracaso de la insurrección socialista en Alemania, el inicio del auge de las formaciones autoritarias y antisemitas, el surgimiento del fascismo italiano y el nacimiento de la era stalinista en la Unión Soviética.

En 1932, en Frankfurt, dio sus primeros pasos la gestación de un centro de debate independiente de los partidos de izquierda y de los núcleos académicos existentes, y surgió en parte gracias a un argentino: gracias a la gestión de Max Horkheimer, luego primer director del Instituto, el padre del estudiante argentino Félix Weil, radicado en Alemania para cursar las carreras de Derecho y Filosofía, decidió invertir parte de su fortuna en beneficio de los intelectuales. Apartados de la concepción marxista del determinismo histórico, la causalidad y la inevitabilidad del desarrollo social, Horkheimer, y posteriormente Theodor Adorno y Herbert Marcuse, retrucaron la tradición mecanicista y generaron un espacio de crítica a los sistemas establecidos, abierto y despojado de dogmatismo.

Jamás se propusieron convertirse en basamento de movimiento político alguno pero, sin preverlo, uno de ellos, Marcuse, fue el ídolo del movimiento estudiantil de la década del '60 en una ola que sacudió a casi todos los grandes países capitalistas.

Después, las principales figuras murieron. Sin embargo hoy sus ideas son recogidas por las corrientes filosóficas importantes en Italia, Francia y Alemania, y los ecologistas alemanes, por ejemplo, se nutren hoy de su bagaje crítico.

Forster, 27 años, es licenciado en Filosofía, docente de la Universidad de Buenos Aires y reputado el mejor especialista argentino en la Escuela de Frankfurt.



El Tercer Reich (1935), grabado de Gert Arntz.

EL PARAMETRO ALEMAN

Por Romeo Rey

A lo largo de mis 17 años de trabajo en América latina aprendí una regla de oro de nuestra profesión: cuando se llega a un país extraño es necesario olvidar los parámetros que rigen en la tierra de uno y empaparse de las costumbres del lugar donde uno está. No es sencillo, por las resistencias del bagaje de tradiciones asimilado desde chico, pero en mi caso fue ese aprendizaje el que me permitió entender lo que pasó en la Argentina durante los años duros. No tuve problemas directos con la represión –los militares leían lo que se publicaba en el exterior en español o francés, no en alemán– pero pude ver en los demás la sensación de vigilancia permanente.

En general, el contacto con Buenos Aires me marcó de entrada. Todo está en permanente movimiento, y me fascina esa realidad latinoamericana donde las cosas están aún por hacerse, sobre todo cuando uno viene de un país estable. Aquí descubro cosas todos los días. Sobra misterio. Y hay mucho por informar. ¿Qué se sabe en el mundo de ciudades como Mendoza, Rosario o Salta? Los más entendidos conocerán una palabra clave por sitio: que Mendoza es vino, que Rosario es rock nacional. Pero la mayoría ignora todo.

Conozco bien América latina. Mi primer destino fue La Paz, y allí conocí a mi esposa Asunción, boliviana, por supuesto. Luego viví en Chile durante el gobierno de Salvador Allende y a fines de 1972, llegué a la Argentina para cubrir la llegada del general Juan Perón desde Madrid. Muchas veces, cuando me preguntan amigos alemanes, digo que la informalidad es una característica típica de estos lugares. Confieso que, por momentos, me pone nervioso. Pero sinceramente prefiero que los argentinos sean así. ¿Qué hubiera pasado con una represión más prusiana, ordenada y prolija? ¡Dios nos libre! No subestimo lo que pasó. Fue terrible. Pero creo que existe todavía un escalón superior para la crueldad y entonces, en este sentido, el desorden fue algo positivo.

Romeo Rey, nacido en Suiza, de ancestros españoles, es corresponsal del *Frankfurter Rundschau*, uno de los cuatro diarios de alcance nacional, con 200 mil ejemplares.



Germania, en el cementerio Niederwald, Ruedesheim.

LA FORMULA DEL MODELO

Por Federico Clérici

La economía alemana es un ejemplo aproximado de la potencialidad que se puede lograr en un país en donde se permite que la creatividad del ser humano tienda a expresarse libremente. Y digo tienda a expresarse libremente porque considero que el sistema liberal puro no existe en ninguna parte del mundo, así como tampoco se conoce un sistema comunista puro. Nosotros tratamos de aprender de experiencias como las de la RFA donde a partir de un determinado momento, años después de la dolorosa experiencia de la guerra, se habilita a cada uno de los sectores de la sociedad –empresarios, trabajadores y consumidores– para ser los protagonistas fundamentales en la toma de decisiones. Esta determinación permite, a partir de las inversiones iniciales que prosiguiera un importante proceso de acumulación de capitales, que continúa con la rentabilidad empresaria, la creación de nuevas fuentes de trabajo y la consecuente elevación del nivel de las remuneraciones. Inclusive, en cierto momento se llega a requerir la incorporación de fuerza de trabajo proveniente de países vecinos.

Todo esto se logró dentro de un esquema de estabilidad política, jurídica y económica. O sea, que los diversos componentes sociales no permanecieron estáticos pero sí estables.

El Estado, mientras tanto, ha venido desempeñándose como árbitro de aquellas situaciones que afectan al conjunto de la población. Ha jugado su rol, muchas veces de cooperación, sin suplantar a los distintos estamentos sociales.

Existen, no obstante la vigencia de normas generales, diferencias notables entre la experiencia alemana y el proceso argentino. La RFA tuvo que emprender su rumbo de crecimiento partiendo de un país devastado y esto implicó un gran inconveniente. La Argentina, en cambio, que no conoce ese grado de destrucción, encuentra sin embargo, una seria traba en su mentalidad condicionada como sociedad. Y vencer este inconveniente puede resultar más difícil que encarar las alternativas de la pos-guerra.

Clérici es diputado nacional por la Unión del Centro Democrático.

NTE EXPLOSIVO

Se les puede temer, se les puede admirar, no se les puede amar: a simple vista ése es el destino de los alemanes en Europa. Esa mezcla de atractivo que ejercen y repulsión que provocan sale en todas las pruebas y a la vez está presente en su alma. Ellos quisieran ser tan elegantes como los ingleses, tan felices como los italianos; en cambio eructan mucho y son finos, tienen la violencia en las entrañas y son románticos, exhalan rudeza por los poros sonrosados y esconden una pureza de nieve bajo las costillas, aman los placeres brutales y adoran el idealismo, están enamorados del orden y desencadenan el caos, les obsesiona el rigor del cerebro y no existe territorio donde haya tanta locura por metro cuadrado. Qué fascinante explosivo producen estas cargas contrarias cuando se unen. Después del desastre de la guerra, con el mapa partido por una alambrada, la cresta del orgullo cortada y extraídos los espolones, el grueso del pueblo de Alemania Occidental intenta alcanzar el éxtasis de la liberación mediante el hedonismo y el trabajo, sumergiéndose en una conquista del paraíso material bajo una cascada de objetos. Sólo bandos neonazis de cabeza rapada, con una histeria violenta, se enfrentan con grupos de verdes pacifistas, cada vez más airados. Aquéllos ignoran que la historia sólo se repite como farsa; éstos tratan de encontrar la última revolución a través del ecosistema. En medio fluye mórbidamente el sueño de la nueva clase: llevar una rubia atómica en el salpicadero del Porsche, devorar un macho al día en la discoteca de moda.



Willem Breuker, saxofonista holandés, en Bielefeld. El free jazz en verano se toca en la calle.



erlinés.

TURISMO

Líneas aéreas: se puede viajar a la República Federal Alemana desde Buenos Aires por Lufthansa, Aerolíneas Argentinas, Air France, Iberia, Alitalia, Swiss Air, SAS y KLM. En clase turista los precios aproximados son de 1500 dólares para temporada alta y 1400 en temporada baja. *alquiler de automóviles:* Mercedes Benz y Lufthansa tienen un acuerdo para que los usuarios de la línea aérea puedan alquilar un Mercedes Benz 190 durante 4, 7 ó más días en Alemania, a precios ventajosos. Con kilometraje ilimitado, si viajan dos personas pagarán 40 dólares por día cada una, precio que descenderá a 20 si los viajeros son cuatro. *Jóvenes:* en tours especiales, por 31 días en hoteles tipo turista, incluida la tarifa aérea, el precio es de 2290 dólares. *Idioma:* En Munich, el Studies Spracheninstitut Mürnchen dicta un curso intensivo de cuatro semanas para principiantes estudiantes avanzados, en cinco categorías distintas. Son 25 clases semanales con alojamiento en habitaciones individuales en casa de una familia alemana, y contemplan media pensión, tarjeta para ómnibus y subterráneos, material de enseñanza, seguro por enfermedad, accidente y responsabilidad civil y por daño del equipaje. La tarifa, sin pasaje aéreo, oscila entre los 1212 y los 1514 dólares.

NUMEROS

Superficie	248.630 kilómetros cuadrados
Población	61 millones
Renta per cápita	9000 dólares
Población activa	25,5 millones
Importaciones	180.000 millones de dólares
Exportaciones	208.000 millones de dólares
Producción de energía eléctrica	400.000 mill. de kilovatios hora
Producción de acero crudo	39 mill. de toneladas
Rutas	173.000 kilómetros
Escolares y universitarios	10 millones
Habitantes por médico	390
Esperanza de vida	75 años

LEMAN

Por Romeo Rey

más entendidos conocerán una palabra clave por sitio: que Mendoza es vino, que Rosario es rock nacional. Pero la mayoría ignora todo.

Conozco bien América latina. Mi primer destino fue La Paz, y allí conocí a mi esposa Asunción, boliviana, por supuesto. Luego viví en Chile durante el gobierno de Salvador Allende y a fines de 1972, llegué a la Argentina para cubrir la llegada del general Juan Perón desde Madrid. Muchas veces, cuando me preguntan amigos alemanes, digo que la informalidad es una característica típica de estos lugares. Confieso que, por momentos, me pone nervioso. Pero sinceramente prefiero que los argentinos sean así. ¿Qué hubiera pasado con una represión más prusiana, ordenada y prolija? ¡Dios nos libre! No subestimo lo que pasó. Fue terrible. Pero creo que existe todavía un escalón superior para la crueldad y entonces, en este sentido, el desorden fue algo positivo.

Romeo Rey, nacido en Suiza, de ancestros españoles, es corresponsal del *Frankfurter Rundschau*, uno de los cuatro diarios de alcance nacional, con 200 mil ejemplares.



Germania, en el cementerio Niederwald, Ruedesheim.

LA FORMULA DEL MODELO

Por Federico Clérici

La economía alemana es un ejemplo aproximado de la potencialidad que se puede lograr en un país en donde se permite que la creatividad del ser humano tienda a expresarse libremente. Y digo tienda a expresarse libremente porque considero que el sistema liberal puro no existe en ninguna parte del mundo, así como tampoco se conoce un sistema comunista puro. Nosotros tratamos de aprender de experiencias como las de la RFA donde a partir de un determinado momento, años después de la dolorosa experiencia de la guerra, se habilita a cada uno de los sectores de la sociedad –empresarios, trabajadores y consumidores– para ser los protagonistas fundamentales en la toma de decisiones. Esta determinación permite, a partir de las inversiones iniciales que prosiguiera un importante proceso de acumulación de capitales, que continúa con la rentabilidad empresaria, la creación de nuevas fuentes de trabajo y la consecuente elevación del nivel de las remuneraciones. Inclusive, en cierto momento se llega a requerir la incorporación de fuerza de trabajo proveniente de países vecinos.

Todo esto se logró dentro de un esquema de estabilidad política, jurídica y económica. O sea, que los diversos componentes sociales no permanecieron estáticos pero sí estables.

El Estado, mientras tanto, ha venido desempeñándose como árbitro de aquellas situaciones que afectan al conjunto de la población. Ha jugado su rol, muchas veces de cooperación, sin suplantar a los distintos estamentos sociales.

Existen, no obstante la vigencia de normas generales, diferencias notables entre la experiencia alemana y el proceso argentino. La RFA tuvo que emprender su rumbo de crecimiento partiendo de un país devastado y esto implicó un gran inconveniente. La Argentina, en cambio, que no conoce ese grado de destrucción, encuentra sin embargo, una seria traba en su mentalidad condicionada como sociedad. Y vencer este inconveniente puede resultar más difícil que encarar las alternativas de la pos-guerra.

Clérici es diputado nacional por la Unión del Centro Democrático.

UNA VIDRIERA

Por Osvaldo Bayer, *desde Berlín*

El jardín con flores, pero la lluvia ácida; la vivienda acogedora con el calor de los leños, pero la nieve sucia; cada familia con sus dos autos, nuevos y macizos, pero los ríos sin peces y olores de laboratorio; los anuales viajes turísticos a las islas Maldivas, a Timboctú o sólo a la Gran Canaria, pero el fin de la aventura; la economía libre de mercado, pero sus constantes dos millones de desocupados; una democracia tolerante, pero la absoluta negativa a modificar las tasas de intereses a los desesperados países deudores del Tercer Mundo.

Dos cuadros simultáneos y siameses de esta Alemania Federal, sin duda alguna la pieza modelo del escaparate capitalista. Dos imágenes que se complementan constantemente. Aunque una constituye la fachada y los salones de recepción del país, y la otra, el fondo, el patio interior.

En 1945, la casa estaba en ruinas. El arquitecto para levantar una nueva se llamó Adenauer. Pero no seamos injustos. Las normas no las pudo elegir él mismo sino que se las dictaron. El capital inversor y las tropas de ocupación. "¡Primer ministro de los aliados!", le gritó en el Bundestag aquel político socialdemócrata Kurt Schumacher, quien en esos años finales del cuarenta soñaba con una sociedad socialista y democrática modelo para el mundo y un país pacifista por los siglos de los siglos. Pero ganó Adenauer, quien aceptó la división de la nación alemana y edificó la nueva casa sobre los antiguos cimientos, tapando el pasado y convirtiéndola en la más lujosa sucursal del modelo americano. Tan bien construida y administrada que en algunos aspectos logró superar al admirado tío rico. Surgió así el "milagro alemán", que se mostró a todo un embobado mundo que quería entrar también en el paraíso del consumismo, como el ejemplo clásico de lo que se puede obtener con la economía libre de mercado. Se mostraba a todos esa carátula del capitalismo y se escondía a Haití, también capitalista. Se crearon términos y se pasó a hablar de países desarrollados y países "en vías de desarrollo".

La Alemania de Adenauer cambió el dogma racista del nacionalsocialismo por el dogma del anticomunismo. A los comunistas –casi los únicos que habían combatido contra Hitler– no se les reconoció ni indemnizaciones, ni jubilaciones, ni siquiera podían ser ni carteros ni guardas de tranvía en esa nueva Alemania democrática. Ese pueblo al que antes se azuzó a marchar contra pueblos en busca del espacio vital, ahora se lo azuzó a fabricar alegremente artículos de consumo y, por supuesto, también armas. Y se le dio libertades a ese pueblo, todas las libertades, salvo aquellas que pudieran hacer peligrar el sistema. Comenzaron los años de las vacas gordas. A medida que los alemanes engordaban –diez kilos término medio en la década del cincuenta– se iban deteriorando los amados bosques, el amado Rhin, se secaban los páramos y las cigüeñas ni traían ya niños ni se posaban en las chimeneas. La "sociedad del rendimiento" suplía a los wagnerianos sueños de la "comunidad de la sangre y la tierra". En vez de las marchas con antorchas y los fogones con cantos nacionalistas de antaño se pasó al individualismo encerrado en aludes de hojalata con motor que rodaban incesantemente por las praderas cementadas convertidas en autopistas. El auto como supremo don de la naturaleza y como síntesis de doscientos años de filosofía idealista alemana. Quien no tenía y tiene buenos codos para abrirse paso y "progresar", pasa a la lista de desocupados. Pero se había aprendido la lección: no se quería repetir la experiencia de Weimar. Ahora el desocupado no se muere de hambre. Se le da lo suficiente para que cubra su dignidad exterior. Si en eso se lo destruye moralmente al negarle lo más primario de la dignidad: el derecho a trabajar, no importa a esa sociedad del querer más, del consumir más, del compre más.

Y entonces vino el muro. La nación alemana levantó una pared kafkiana entre sus dos sistemas. Al muro lo levantaron los dos. Los comunistas del Este pusieron los ladrillos y la mano de obra. Los occidentales, los espejitos y las piedras de colores del consumismo. Todos emigraban hacia las luces del centro. Alemania Oriental se quedó hasta sin dentistas. Imposible hacer el socialismo a dos cuadras de Broadway. A la irracionalidad del consumismo, la irracionalidad de lo represivo. El muro de Kafka, en la nación de Kant y Marx.

El único gran estadista de esta Alemania de posguerra fue, sin duda, Willy Brandt. Fue quien comprendió que el dogma del anticomunismo llevaría a la guerra. E impuso la Ostpolitik: lisa y llanamente había que reconocer que al otro lado del muro había un mundo real que sólo podía destruirse con las armas, lo que significaba el suicidio de la humanidad. Había que dialogar con ese "otro mundo" o con ese "socialismo real". El diálogo comenzó a abrir el muro de a milímetro. Y hasta comenzó a democratizar al otro lado.

Pero Brandt cayó enseguida y lo reemplazó otro socialdemócrata, Helmut Schmidt, que fue el mejor albacea del sistema del industrialismo y de la división entre países pobres y ricos. Todavía hoy, ya retirado, se precia de que sus mejores amigos fueron y son Nixon y Kissinger.

Pero ni él ni el actual primer ministro Kohl han podido retroceder en la Ostpolitik iniciada por Brandt. Ya las economías de las dos Alemanias están muy entrelazadas, la guerra fría ha quedado cada vez más lejos. El símbolo fue la visita a Bonn de ese ex obrero techista, con diez años de cárcel hitlerista en sus espaldas, hoy jefe del gobierno de la Alemania Oriental, Erich Honnecker. Allí, en ese centro amurallado del anticomunismo de los años cincuenta se izó la bandera y se tocó el himno de la tierra allende el muro.

¿Primer paso hacia la Nación alemana? Sólo cuando sus sistemas se vuelvan más humanos. Cuando de aquel lado comprendan que no puede haber socialismo sin libertad y cuando de este lado entiendan que no existirá la tan cacareada democracia mientras se base en un régimen económico que acumula cada vez más riquezas en los países ricos y crea cada vez más miseria en los países de la periferia.

El Palacio de Charlottenburg, Berlín.

LO MAS OFICIAL, LO MAS MARGINAL

Las cifras dicen que Berlín tiene una superficie de 883 kilómetros cuadrados, lo que la convierte, dicen las cifras, en la ciudad más grande de Alemania. De ese total, el sector occidental ocupa un 54,5 por ciento, esto es: 480 kilómetros cuadrados. De esta superficie, el 15,9 por ciento está cubierta por bosques y parques; esto hace que cada berlinés occidental –son alrededor de dos millones– cuente con 35 metros cuadrados de espacios verdes para su uso personal.

Ciudad de inmigrantes, en Berlín viven 117 mil turcos, en segundo lugar están los yugoslavos con 30 mil, después los polacos que son 10 mil y finalmente los griegos y los italianos con 7 mil. Los berlineses reconocen que la adaptación de gentes de cultura y tradiciones distintas es difícil pero intentan lograr una convivencia sin tensiones y conflictos. El escritor alemán Günter Grass –autor de *El tambor de hojalata*, *Años de perro* y *Partos mentales*– sostiene que la integración de los inmigrantes, especialmente de los turcos y los polacos, es bastante difícil.

Este año, Berlín celebra los 750 años de su fundación, a pesar de que una serie de excavaciones realizadas en las últimas décadas parecen demostrar que la ciudad surgió en la última mitad del siglo XII y empezó siendo una pequeña ciudad de comerciantes situada a mitad de camino entre los burgos de Spandau y Köpechnick.

Berlín es hoy la ciudad europea con mayor cultura marginal y oficial. Anualmente se realizan el festival cinematográfico, uno de los más importantes del mundo, y el de jazz. El Berlin Enssemble, junto con el Royal Shakespeare Theatre, es el grupo teatral más prestigioso de Europa. La fama de Berlín como centro de actividad teatral se remonta a la época de auge cultural de los años veinte. Pasada la decadencia cultural del régimen nacionalsocialista y luego de la reconstrucción de todas las salas destruidas durante los bombardeos de la Segunda Guerra, la actividad teatral de Berlín comenzó a encontrar puntos de contacto con su pasado. Anualmente, cerca de dos millones trescientos mil berlineses asisten a las 19 salas subvencionadas por el Estado de la ciudad, entre las que se destacan la *Opera Alemana de Berlín, el Teatro Schiller, el Taller del Teatro Schiller y el Schlosspark*. De las salas privadas, la más importante es la *Schaubuhne de Lehniner Platz*. El Estado berlinés también protege al cine, en 1977 el Senado promulgó una ley de fomento a la actividad cinematográfica, que facilita dinero a los productores para darles la posibilidad de enfrentar riesgos en lo que se refiere al gusto del público. Esta legislación permitió que se realizaran más de 60 películas.

Además de lo oficializado, Berlín es un excelente espacio para lo subterráneo: plazas, calles y estaciones sirven de escenario a obras teatrales, conciertos o espectáculos de circo. Nacionalistas ante todo, los berlineses buscan a Schiller, Brecht, Beethoven y los tienen casi en cada esquina.



También en Berlín, una escultura de Calder.